



portancia y hacerse respetar de los pueblos, empleando toda su actividad y poder en engañarse los unos á los otros y en oprimir ó pervertir lo que hay de más fiel á Dios. ¿Cuándo volverá á ver Dios hombres segun su corazón? ¿Cuándo volveremos á ver nosotros príncipes activos é inteligentes que no empleen su poder

más que para hacer reinar la verdad y la justicia, y someter á todos los hombres bajo el imperio de su Maestro legítimo, que está en los cielos? ¿Cuándo volveremos á ver nosotros príncipes que subordinen su política á la política de Dios? ¿Cuándo volveremos á ver nosotros hombres que, como David, sean tan cristianos?

CAPÍTULO XVIII

Cumplimiento de las promesas de Dios á Abraham y de las predicciones de Jacob á Judá.—David recompensa á los habitantes de Jabes-Galaad.—Derechos de David al trono.—Rivalidad de Isboeth.—El combate de los doce.—Derrota de Isboeth.—Muerte de Azael.—Moderacion de los dos partidos.—Abner, acompañado de Micol, pasa al lado de David y muere á manos de Joab.—Ambicion de estos dos jefes.—Imprecaciones y dolor de David.—Los asesinos de Isboeth castigados á muerte.—David reconocido rey por todo Israel.—Caractéres de la legitimidad de su corona.—Humildad y cántico de David.—Su inauguracion, figura de Jesucristo reconocido por todo el universo

Más de ocho siglos hacia que, vencedor de cuatro reyes y salvador de cinco reinos, Abraham estaba en pié bajo una encina en el valle de Hebron, sirviendo él mismo á sus tres huéspedes; más de ocho siglos hacia que uno de aquellos divinos huéspedes, que segun la comun interpretacion de los Padres, nos hace creer fuera el mismo Hijo de Dios, le anunció que de Sara su mujer, entonces ya anciana y estéril, habian de nacer reyes, y que en uno de su raza serian benditas todas las naciones de la tierra. Este mismo valle de Hebron presenciaba el cumplimiento de estas promesas; veia al segundo rey de Israel cuando estaba á punto de subir al trono, á David, consagrado rey por un profeta, siendo él mismo profeta, futuro vástago de una larga sucesion de reyes, pero principalmente de aquel que, siendo Señor de reyes y profetas, se llamará sin embargo el hijo de David y el hijo de Abraham, y en quien despues de diez y ocho siglos son benditas todas las naciones de la tierra.

La tribu de Judá, á quien siete siglos antes Jacob habia predicho que su cetro no le seria arrancado; que el jefe, el legislador no naciera de sus descendientes, hasta que viniese el que habia de ser el Mesías, el Cristo, esperanza de las naciones; la tribu de Judá fué la primera en reconocer por rey al ascendiente del Mesías. «Los hombres de Judá, dice la Escritura, vinieron á Hebron y consagraron allí á David rey

sobre la casa de Judá (1).» Aqui se ve, como en la historia de Saul, la verdad de lo que dice Bossuet, de que la soberanía de los reyes, y aun la soberanía de los reyes de Israel, no es de tal manera de Dios, que no sea tambien del consentimiento de los pueblos (2).

El primer acto del nuevo rey fué un acto de generosidad, tan sábio como noble. Habiendo sabido que los hombres de Jabes-Galaad habian sepultado á Saul, les envió mensajeros para que les dijese: «Benditos seais de Jehová, vosotros que habeis usado de esta misericordia para con Saul, vuestro señor, y le habeis sepultado. Ahora, pues, Jehová os recompensará vuestra misericordia y vuestra fidelidad, y yo mismo os recompensaré tambien la accion que acabais de ejecutar. Confortense vuestras manos y sed hombres de valor, porque si ha muerto Saul, nuestro señor, tambien la casa de Judá me ha ungido á mí por su rey, y yo sabré defenderme contra nuestros enemigos (3).

Todo el reino de Saul, despues de la muerte de este príncipe, pertenecía á David. Dios era, no solamente el dueño absoluto por su dominio soberano y universal, sino tambien el propietario por sus títulos particulares sobre la familia de Abraham y sobre todo el pueblo de

(1) 2 Reg., 2, 4.

(2) Bossuet, *Defensa del clero galicano*, lib. IV, cap. XXI.

(3) 2 Reg., 2, 4-7.



Israel. Habiendo, pues, dado Dios este reino entero á David, á quien habia hecho consagrar por Samuel, no es posible dudar de su derecho; y sin embargo, Dios queria que conquistase en cierta manera aquel reino, que le pertenecia con tan justo título.

Este derecho de David habia sido reconocido por todo el pueblo y por la familia de Saul. Jonathás, hijo de Saul, dijo á David: «Yo sé que reinarás sobre Israel y que yo seré el segundo despues de tí, y esto mi padre no lo ignora.» En efecto, el mismo Saul, en uno de sus buenos momentos, habia hablado á David en estos términos: «Como sé que reinarás seguramente y que vendrá á tu mano el reino de Israel, júrame que conservarás los restos de mi raza.» De esta suerte, el derecho de David era siempre constante.

Lo que retardó algo el cumplimiento de la voluntad de Dios, fué que Abuer, hijo de Ner, que comandaba los ejércitos de Saul, hizo valer el nombre de este príncipe, y puso á su hijo Isboseth sobre el trono por espacio de siete años, mientras que David reinaba en Hebron, sobre la casa de Judá (1).

Por cierto y reconocido que fuese el derecho de David, y aunque faltara á su rival la primera condicion para ser rey legítimo en Israel, que era haber sido elegido de Dios, no usó de sus prerogativas en la guerra que tuvo lugar por economizar la sangre de sus ciudadanos. Por aquel tiempo, los filisteos, enemigos del pueblo de Dios, nada hacian, y David no tenia que temer por parte de los extranjeros; así, que no metió mucha prisa á Isboseth, y le dejó dos años tranquilo, sin producir movimiento alguno. La guerra se encendió despues, pero sin que al principio tuviese grande importancia.

De Mahanaïm, ó el Campo, lugar así llamado por Jacob, del otro lado del Jordan, en el que el hijo de Saul habia sido reconocido rey, y donde habia fijado ordinariamente su residencia, Abuer, hijo de Ner, y los servidores de Isboseth, vinieron á Gabaon, ciudad de la tribu de Benjamin, no lejos de las fronteras de

(1) Bossuet, *Política*, lib. IX, art. III, prop. 4.

Judá. Joab, hijo de Sarvia, y los servidores de David, marcharon contra él, y se encontraron cerca de la piscina de Gabaon, en cuyos dos diferentes lados estaban acampados unos y otros.

Entonces Abuer dijo á Joab: «Que se levante nuestra juventud y pelee á nuestra presencia; peleen hasta en combate singular, como se hacia más tarde en los torneos de la Edad Media.» Joab respondió: «Levántense, pues, y que peleen.» Al punto, de la parte de Isboseth se levantaron doce, y otros tantos de la parte de David. Luego se decide el combate, quedando por aquellos la victoria, y dando muerte á todos sus adversarios, que cayeron muertos unos sobre otros. Pronto se les dió la recompensa, llamando á aquel sitio el Campo de los Valientes en Gabaon. Quedóle el título en memoria de una accion tan determinada.

La muerte de aquellos doce valientes fué seguida de un rudo combate, en el cual Abuer y las tropas de Israel fueron derrotadas. En la derrota, Asael, uno de los hermanos de Joab, que se fiaba en la ligereza de sus piés, más veloz que los ciervos que habitan en los bosques, perseguia á Abuer sin volverse ni á derecha ni á izquierda, marchando siempre sobre sus pasos. Abuer miró un momento atrás, y le dijo: «¿Eres tú, Asael?» «Yo soy,» respondió. Abuer prosiguió: «Vé á derecha ó izquierda, y coge uno de aquellos jóvenes y toma para tí sus despojos.» Pero Asael no quiso abandonarle. Abuer repitió entonces: «Retírate, te lo ruego, y cesa de perseguirme, porque me obligas á que yo te hiera y te deje pegado en la tierra. ¿Y cómo podré yo despues de esto levantar los ojos delante de tu hermano Joab?» Asael despreció sus palabras. Abuer, pues, volviendo su lanza le hirió, pasándole de parte á parte. Murió al momento de la herida, que le habia causado, y todos los que por allí pasaban se detanían para ver á Asael tendido sobre el suelo.

No era posible guardar más moderacion en su superioridad que guardó Abuer, uno de los hombres más valientes de su época, para con Asael y Joab.

Este mismo espíritu de moderacion se ve en el resto de la guerra. Joab y su hermano Abi-



saí persiguieron á Abuer hasta ponerse el sol, cuando este, desde una altura donde se habia rehecho con las tropas que le quedaban más adictas á la casa de Saul, y que eran las de la tribu de Benjamin, dijo á Joab: «¿Herirá tu espada hasta el exterminio? ¿Ignoras tú que la desesperacion es peligrosa? ¿No es tiempo ya de que diga el pueblo que deje de perseguir á sus hermanos?» Joab no deseaba ménos; así es que no bien hubo oido las palabras de Abuer, cuando le dijo: «Vive Dios, que si hubieses hablado antes al pueblo, desde la mañana hubiera dejado de perseguir á su hermano.» Tocó en seguida á retirada, y el combate, que habia durado hasta la tarde, cesó en el instante (1).

Se ve por aquí que en ellos dominaba el espíritu de economizar en lo posible la sangre de sus hermanos, es decir, la de las tribus procedentes de Jacob.

Este fué el único combate memorable que se libró; y por rudo que fuera, es lo cierto que no se contaban entre los muertos más que diez y nueve hombres de la parte de David, y de la de Abuer, aunque derrotado, sólo trescientos sesenta.

Es de observar tambien que David no fué nunca en persona á esta guerra, para que la presencia del rey no empeñara un combate más general. Este príncipe no queria manchar sus manos con la sangre de sus súbditos, y economizaba tanto como le era posible los restos de la casa de Saul, por respeto á Jonathás. No fueron más que encuentros de escasa importancia, en los que, como David se iba haciendo cada vez más poderoso, mientras que la casa de Saul iba cada dia disminuyendo, creyó que era mejor irla dejando caer por sí misma que perseguirla de muerte. Todo corria en el partido de Isboseth, bajo el solo crédito de Abuer. David no tuvo que hacer más que aprovecharse, como lo hizo, de los descontentos, á quienes recibia todos los dias, de un señor tan débil como altanero. Saul habia tenido una concubina, llamada Resfa, hija de Aya. Y dijo Isboseth á Abuer: «¿Por qué has entrado á la concubina

(1) 2 Reg., 2, 8-28.

de mi padre?» Abuer, muy indignado por las palabras de Isboseth, dijo: «¿Acaso soy yo hoy una cabeza de perro respecto á Judá, porque he hecho misericordia con la casa de Saul, de tu padre, y con tus hermanos y parientes, y porque no te he entregado en manos de David, y tú has buscado hoy en el bosque para acusarme por causa de una mujer? Esto y aun más haga Dios á Abuer, si no hiciere por David lo que el Señor le prometió con juramento. Que sea trasladado el reino de la casa de Saul, y que el trono de David sea elevado sobre Israel y sobre Judá, desde Dan hasta Bersabée.» Y no le pudo responder nada, porque le temia. Envió, pues, Abuer mensajeros á David para que le dijeran de su parte: «¿De quién es la tierra?» Y añadieron: «Haz amistades conmigo, y mano á mano seré contigo y haré que vuelva á tí todo Israel.» David respondió: «Muy bien; yo haré contigo amistades; mas una cosa te pido: no verás mi rostro sin que me traigas primero á Micol, hija de Saul.» En su consecuencia, David envió mensajeros á Isboseth para que le dijeran: «Devuélveme mi mujer Micol, con quien yo me casé merced á haber herido á cien filisteos.» Mandó, pues, Isboseth para que se la quitaran á su marido Faltiel, hijo de Lais, quien la siguió llorando hasta Bathurim, donde Abuer le dijo: «Vuélvete.» Y él se volvió.

Abuer habia dirigido la palabra á los ancianos ó senadores de Israel, diciéndoles: «Ayer, como antes de ayer, deseábais que David reinase sobre vosotros; ahora, pues, podeis realizar vuestros deseos, porque el Eterno ha hablado de David, diciendo: «Por mano de David, mi siervo, yo salvaré á mi pueblo de Israel de mano de los filisteos y de todos sus enemigos.» Abuer habia tambien hablado á Benjamin. Despues, acompañando á Micol, se marchó á Hebron para decir á David lo que parecia bien á Israel y á toda la casa de Benjamin.

David dió un banquete á Abuer y á los veinte hombres que con él estaban. Abuer dijo entonces á David: «Yo iré y reuniré á tí, señor y rey mio, á todo Israel; y haré contigo alianza y reinarás sobre todos, como lo desea tu alma.» David le despidió de una manera honrosa y amigable. Apenas hubo él salido, cuando llegó



Joab con los servidores de David, despues de haber dado muerte á unos ladrones y apoderádose de un gran botín. Y Abuer no estaba con David en Hebron, porque le habia ya despedido y él se habia ido en paz, y Joab y toda la tropa que estaba con él llegaron despues; mas no faltó quien diese la nueva á Joab, y le dijese: «Abuer, hijo de Ner, ha venido á hablar al rey, y este ha salido á despedirle, y se ha ido en paz.» Y entró Joab al rey y le dijo: «¿Qué has hecho? Acaba Abuer de venirse á tí: ¿por qué le has dejado ir, y se ha marchado y retirado? ¿No conoces á Abuer, hijo de Ner, que ha venido á tí con el fin de engañarte, y de saber tus entradas y tus salidas, y de sondear todo cuanto haces?» Despues, habiendo salido de la presencia de David, envió mensajeros para que siguieran á Abuer, y le hicieron volver desde la cisterna de Sira sin que David lo supiera. Y cuando Abuer hubo vuelto á Hebron, Joab le llevó aparte al medio de la puerta para hablarle con engaño; y una vez allí, le hirió en la ingle y le mató, vengando así la muerte de su hermano Asael.

Hemos visto que Abuer era irreprochable bajo este punto de vista. Quizás no fuera tampoco la muerte de Asael el principal motivo de este asesinato, concertado entre Joab y su hermano Abisai. La ambición seria la principal causa. El mismo Abuer era tambien en el fondo un ambicioso, que sin ser malo, por lo demás no buscaba más que su propio interés. Sabia muy bien, á la muerte de Saul, que todo el reino pertenecía á David. Sin embargo, le presenta en oposicion á Isboeth, porque contaba reinar en su nombre. Quizás tambien su comercio ó su matrimonio con la concubina de Saul, tuviera alguna mira relativa al trono. Cuando le dirigen algun reproche, responde de parte de David, reconociendo que él es el legítimo rey; pero antes de declararse quiere entrar en tratos, á fin de asegurarse las mismas ventajas que bajo Saul. Joab, no ménos ambicioso, aunque más malo, temiendo ser suplantado, le da muerte: la ambicion del primero es castigada por la del segundo.

Cuando David tuvo noticia de este asesinato, dijo al punto: «Para siempre seré inocente

delante del Eterno, y conmigo todo mi reino de la sangre de Abuer, hijo de Ner. Caiga su sangre sobre Joab y sobre toda la casa de su padre. No falte nunca en la casa de Joab quien padezca vergonzosos flujos, ni leprosos que tengan de necesidad de un palo para su apoyo, ni quien muera á cuchillo, ni quien esté falto de pan.

Las circunstancias de los tiempos por que corría aquel tan poco fuerte y estable reinado, no permitian á David dar el cumplido castigo á Joab, que tanta falta le hacia y tan importantes eran sus servicios. Lo que pudo hacer, por lo que respecta al asesinato de Abuer, fué decir, segun dijo á todo el ejército y al mismo Joab: «Rasgad vuestras vestiduras, y ceños de sacos, y llorad en los funerales de Abuer.» El mismo David acompañaba al féretro. Y cuando hubieron enterrado á Abuer, David, levantando la voz, dijo llorando: «No ha muerto Abuer como un cobarde; no estuvieron sus manos atadas, ni sus piés cargados de grillos, sino que ha caido, como suele suceder á los más valientes, delante de los hijos de la iniquidad.» A estas palabras todo Israel redobló sus llantos. Y como toda la muchedumbre se acercara á David, para comer aquel dia en su compañía: «A Dios no agrada, les dijo David, que yo interrumpa el duelo, para quitar siquiera un pedazo de pan antes de que se quite el sol, y así Dios me ayude.» Todo el pueblo oyó aquel juramento, y alabando lo que David acababa de decir, reconociéndole inocente en el asesinato de Abuer.

Hizo más aún: dijo en alta voz á todos sus servidores: «¿No comprendéis bien todavía que Israel pierde hoy un gran jefe? Por lo que á mí toca, soy todavía débil y estoy consagrado de poco tiempo. Estos hijos de Sarvia (Joab y Abisai, su hermano), son duros para mí: que Jehová dé su merecido al que hace el mal, conforme á su malicia.» Todo esto estaba conforme con las circunstancias de sus tiempos (1).

Por lo que hace á Isboeth, hijo de Saul, cuando supo que Abuer habia muerto en Hebron, desfallecieron sus fuerzas, y todo el pue-

(1) 2 Reg., 3, 1-39.



blo de Israel quedó consternado. Para colmo de desgracia, dos de sus jefes que estaban á su servicio, y que parece hacian la guardia, Baana y Bechal, de la tribu de Benjamin, penetraron secretamente en su palacio cuando él dormia la siesta, segun uso y costumbre de los países cálidos, le hirieron de muerte en la quinta costilla, le cortaron la cabeza, y marchando por el camino del desierto toda la noche, se la presentaron á David en Hebron, diciendo: «Aquí teneis la cabeza de Isboeth, hijo de Saul, tu enemigo, que andaba buscando tu alma; y Jehová en este dia ha vengado á mi señor el rey, de Saul y de toda su raza. Pero David contestó á los dos que se presentaron: «¡Vive Jehová, que ha librado á mi alma de toda angustia! Si al que vino á anunciarme la muerte de Saul, jactándose ser él el autor, y creyéndose darme una nueva agradable y recibir la recompensa, dí orden para que le quitaran la vida, ¿con cuánta mayor razon ahora, que unos hombres malvados han quitado la vida á un hombre justo en su propia casa, no he de pedir yo su sangre de vuestra mano, y exterminaros de sobre la tierra?»

Al punto dió orden á sus servidores para que les quitasen la vida; y despues de haberles cortado las manos y los piés, les colgaron en la piscina de Hebron. La cabeza de Isboeth la enterraron en el sepulcro de Abuer, en la misma ciudad. Isboeth habia comenzado su reinado á la edad de cuarenta años. David castigó á sus asesinos, conforme habia castigado al amalecita que se gloriaba de haber dado muerte á Saul (1). Se echa de ver, sin embargo, una notable diferencia en el proceso de la sentencia. A este se le ha condenado como asesino del ungido del Señor, y á aquellos como asesinos de un hombre inocente, sin que le dé el calificativo de ungido, porque en realidad no lo era.

Se ve, por la conducta de David, que en una guerra civil, un buen príncipe debe economizar la sangre de los combatientes en bien de sus ciudadanos. Si ocurren asesinatos que pudieran atribuirsele, debe justificarse hasta el punto que

(1) 2 Reg., 4, 1-12.

todo el pueblo quede satisfecho y contento (1).

Terminada así la guerra civil, sin que apenas se derramara sangre en los combates, todas las tribus de Israel se llegaron á David, que estaba en Hebron, y le dijeron: «Aquí nos tienes prontos á seguirte; somos tus propios huesos y tu propia carne. Cuando poco hace Saul era rey sobre nosotros, tú llevabas y traías al pueblo de Israel, y Jehová te dijo: «Tú conducirás á mi pueblo y serás el jefe de Israel (2).»

Esta reunion fué muy numerosa. Llegaron armados de la tribu de Judá seis mil ochocientos hombres; siete mil ciento de la tribu de Simeon, y cuatro mil seiscientos de la tribu de Leví; Joiada, jefe de Aaron, con tres mil setecientos, y Sadoc, con la casa de su padre, en la cual habia veintidos jefes de familia; tres mil hombres de la tribu de Benjamin; veinte mil ochocientos de la tribu de Efraim; diez y ocho mil de la media tribu de Manassés; de la tribu de Isacar, doscientos príncipes, siguiendo á estos en sus consejos todo el resto de la tribu; cincuenta mil hombres de la tribu de Zabulon; mil príncipes de la tribu de Neftalí, seguidos de treinta y siete mil hombres armados de lanzas y escudos; veintiocho mil seiscientos de la tribu de Dan, y cuarenta mil de Aser. Aún más: ciento veinte mil del otro lado del Jordán, tanto de las dos tribus de Ruben y de Gad, como de la media tribu de Manassés. Todos estos guerreros, en número de cerca de cuatrocientos mil hombres, bien armados y dispuestos para el combate, fueron á buscar á David con un corazón puro y sin doblez, á fin de nombrarle rey sobre todo Israel; y todo el resto de Israel hacia sinceras protestas de adhesion en favor de David por que se le declarara rey de todo Israel.

En Hebron permanecieron por espacio de tres dias cerca de David, comiendo y bebiendo lo que sus hermanos les habian preparado. Por esto sin duda habia tan pocos hombres sobre las armas en las tribus de Judá y de Simeon; estaban ocupados en allegar los aprovisionamientos necesarios. En efecto: la Sagrada Es-

(1) Bossuet, *Política*, lib., IX, art. III, prop. 4.

(2) 2 Reg., 52.